

## ¿Qué es la crónica?

Ya lo dijo Martín Caparrós, en la palabra crónica se esconde el tiempo: Cronos. La crónica siempre es un intento de atrapar el tiempo, aquello que no queremos que se nos esfume.

Cronicar es mirar donde, aparentemente, no hay nada nuevo. “Es aprender a mirar lo que ya conocemos” asegura Caparrós. Captar los detalles del ambiente, sus texturas, olores, miradas, gestos. Eso también es información que ayuda a contextualizar las palabras. Porque hacer periodismo no se trata solo de encender un grabador y transcribir las respuestas del entrevistado. Periodismo también es captar lo que no se dice, que muchas veces dice más que lo que se dice.

La crónica también es alejarse del tono monótono y predecible de la noticia tradicional. El género nos permite jugar con palabras y metáforas. Nos permite jugar a ser un poco más escritores mientras somos periodistas. Y esa libertad tiene una función muy específica. El juego narrativo por sí solo no tiene sentido. Y volvemos a la cuestión del periodismo, y volvemos a citar a Caparrós: “El periodismo no solo es contar las cosas que algunos no quieren que se sepan. Periodismo es, cada vez más, contar las cosas que muchos no quieren saber, porque creen que no les interesa. Porque no se pusieron a pensar en ellas. Porque nadie se las contó bien”. Resumiendo, no hay temas que no sean interesantes, sólo periodistas que producen noticias aburridas.

Otro punto es la relación que la crónica tiene con eso que llamamos “la verdad”. En este estilo, pasa por la honestidad del narrador. Lo que se busca es la utilización de todos los recursos para transmitir ese lugar, esa situación, ese personaje de la mejor manera posible.

## ¿Cómo escribir una crónica?

Hay algunas técnicas que hay que tener en cuenta para escribir una crónica dinámica, atrapante y prolija.

### Qué contar

El primer paso es saber qué queremos contar y cómo. Entender dónde está el corazón de la cuestión. Debo preguntarme qué quiero que entienda o se pregunte el lector después de leerme. Qué va a hacer que valga la pena, qué lo va a hacer distinto de lo que se cuenta cientos de miles de veces en todo tipo de medios. Si algo me llama la atención especialmente, tengo que confiar en que eso va a llamarle la atención a los demás: confiar en ese entusiasmo por las cosas que me sorprenden o interpelan, y centrarme en ellas.

Un ejercicio que puede ayudar es hacer una pequeña síntesis de la crónica para aclarar las ideas. Escribir en tres líneas las cuestiones más importantes de lo que vamos a contar.

### Inicio

Por lo general, el lector define si continúa leyendo la nota o no en el primer párrafo: la cabeza. Ahí es cuando se capta o no se capta su atención. Para eso hay estrategias variadas: contar el meollo de la cuestión al comienzo y luego ir desmenuzándolo, relatar una situación o anécdota interesante, apelar al atractivo de un dato sorprendente, establecer un enigma a resolver y tantas más.

Las opciones son varias, y se puede elegir; lo que no se puede, de ningún modo, es aburrir, banalizar, darle al lector la sensación de que va a leer un informe burocrático sobre lo que ya sabe o no quiere saber.

Qué nos impresionó más, qué nos llamó más la atención: qué puede llamarle la atención al interlocutor, como para que no deje de leer.

### Personas

Para la crónica se utilizará la primera persona, pero ojo. Se puede escribir en primera persona pero otra cosa bien diferente es escribir sobre la primera persona. El cronista, aun cuando dice yo, tiene que centrarse siempre en lo que cuenta. Que una persona haya estado en tal lugar no interesa si no sirve para contarnos mejor lo que pasaba.

Existen dos fundamentos para la elección de la primera persona: En primer lugar se trata de llegar desde un lugar más cercano a nuestro lector, que él considere que nuestro relato es para él, casi personalizado, como si se tratara de una charla de café entre amigos. Y el segundo tiene que ver con la cuestión de la verdad en la crónica: hay que dejar en claro que lo que cuenta es el punto de vista del cronista, atravesado por su subjetividad.

### Elegir palabras

- Escribir es, contra todo lo que se pueda pensar, un ejercicio muy simple: consiste en elegir palabras. Ni mucho más ni mucho menos: elegir palabras.

Cada cinco, siete, ocho, tres, nueve tecleos hemos elegido una palabra en lugar de tantas otras. Interesémonos por las palabras: son la materia prima. El asunto sería saber por qué, en cada momento, estamos eligiendo ésta y no aquéllas.

Es triste ver cómo tantas veces tanta gente escribe lo que no quería escribir: cuando usa una palabra que no dice lo que quería decir sino otra cosa. Hay que tratar de dominar a las palabras, para no dejarse dominar por ellas. Saber qué es lo que uno dice cuando dice: escribir.

En los textos periodísticos abundan lo que alguien llamó las “segundas palabras”, o sea: esos exabruptos que aparecen cuando el periodista piensa hospital y escribe nosocomio, piensa llegó y escribe arribó, piensa entró y escribe ingresó, piensa después y escribe luego, piensa policía y escribe servidor del orden, piensa calle y escribe vía pública, piensa termómetro y escribe columna mercurial y así de seguido o sucesivamente.

- También hay palabras que se volvieron siamesas y formaron monstruitos antipáticos que tenemos que abandonar: la atención ya no puede ser llamada poderosamente, los admiradores no son más fervientes, el dramatismo hondo, las lloviznas pertinaces. Empuñen, sin temblor, el bisturí: para reinar, dividan. Esos lugares comunes de la narración deben ser repensados.

- Mientras no se demuestre lo contrario, el lugar de los adjetivos está después de los sustantivos. Los adjetivos están muy cómodos detrás, soplandoucas: la estructura con que pensamos nuestro idioma tiende a situar primero el sustantivo y después adjetivarlo.

- Conviene evitar los verbos en infinitivo y utilizar siempre que sea posible las conjugaciones. Nada lleva adelante una narración tanto como el verbo. Verbos simples, directos, decididos. El verbo es la forma de describir una acción.

- Los gerundios están prácticamente prohibidos. “Las clases van a estar empezando el 2 de marzo”. No, definitivamente.

- El sujeto y el verbo se necesitan como vos y tu smartphone, un día nublado y Netflix. No hay nada más letal para esa relación que intercalarles una coma. Las comas no sirven para respirar, sino para darle estructura a una frase. La coma es un signo ortográfico que organiza el sentido de una oración. Así como con el punto termino una exposición y empiezo otra, la coma sirve para que dentro de una idea haya un sector separado del otro: lo que aparece entre comas, por ejemplo, es una enunciación de otro nivel.

- Más en general, cuando uno relee su nota –releer lo propio es una práctica casi tan útil como leer lo ajeno–, encuentra que ha incluido materia innecesaria. Es el momento de eliminar todo lo que sobra. ¿Y cómo sabemos qué es lo que sobra? Volvé a esas tres líneas que te sirvieron para resumir tu idea, también sirven para esto. Descartar lo superfluo.

En esa relectura, ya que estamos, canten: ¿suena bien lo que acaban de escribir? Más allá de los significados, un texto también es un conjunto de sonidos. Leerlo, oírlo, repetirlo.

- Cuando alguien dice, dice. No confiesa, revela, asegura, repite, define, declara, subraya, etcétera etcétera. Confesar, revelar, asegurar, repetir, definir, declarar, subrayar etcétera etcétera son acciones muy precisas, distintas entre sí y distintas de decir, y hay que guardar esos verbos para cuando eso es lo que el personaje hace.